

## OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE EL SERMON

DE

### LA MUERTE DEL PECADOR Y LA MUERTE DEL JUSTO.

---



I recordamos que el objeto de los sermones morales es encaminar á los fieles no solamente á la enmienda de los vicios, sino tambien á la práctica de las virtudes, y que pueden procurarse ambos objetos sin perjuicio de la unidad de plan que ha de haber siempre en las composiciones literarias; los dos cuadros que Massillon presenta en este discurso, léjos de incurrir en el defecto de aquella, como lo pretende el cardenal Maury, conspiran admirablemente á ganar el alma por el suave y delicioso influjo de la virtud, despues de haberla hecho estremecer al aspecto de la horrorosa deformidad y funestos estragos del vicio. Estas dos perspectivas ofrecen un cabal contraste, porque el retrato espantoso del pecador, que precede á la imágen consoladora del justo, viene á servir de sombra, digámoslo así, y derrama por tanto un interes mui vivo sobre la hermosísima pintura de la única felicidad que puede existir en la tierra. Sin duda que la dicha no requiere sombras ni contrastes para producir en el espíritu las dulces y tranquilas impresiones de la belleza; pero cuando la sombra realza la perspectiva, cuando lo oscuro limita los contornos de la luz para distinguirla en toda su claridad y completar

el colorido, ¿qué de encantos no presta á la pintura! El espectador entonces puede recorrer en mil delicados pormenores, diferentes grados de belleza, sin perder por esto la idea del conjunto.

A fin de producir un efecto tan maravilloso, Massillon ha sabido aprovecharse de todos los recursos que presta la elocuencia. La admirable maestría con que en ambas partes está manejado el climax oratorio; esa mirada terrible y penetrante que arroja sobre las pasiones, para manifestarlas de concierto arrastrando á los hombres á un destino fatal; la mezcla de una lógica exactísima con los afectos mejor sentidos; movimientos felicísimos diestramente preparados; la fuerza de una imaginación dirigida y moderada por el buen gusto; finalmente, una especie de acción dramática que mantiene en toda su energía la atención del auditorio: tales son en concepto nuestro los caracteres que distinguen este bello discurso.

Es lástima encontrar en él algunos ligeros descuidos que, si pudieran justificarse en parte con la necesidad que parece haber de sacrificarlo todo á la claridad, principalmente en los discursos dirigidos al comun de los fieles, no todos son de este género, pues hai algunos que bien pudieran haberse evitado mediante un esmero que nunca puede ser excesivo en las composiciones literarias. Enumeraciones prolijas, repeticiones tan frecuentes que casi declinan en redundancias, amplificaciones vagas á veces y siempre excesivas, y finalmente, cierto decaimiento que se nota en la segunda parte, son los defectos mas notables de este sermón.

Pero casi nunca aparece uno de estos defectos, sin que venga un rasgo lleno de primores á destruir inmediatamente aquella impresion desagradable. Es el descenso de la águila, que no parece bajarse hasta la tierra, sino para recobrar el aliento y remontarse más en la región inaccesible. Son los descuidos de un orador que, poseído profundamente de su asunto y ocupado todo y solo de las grandes verdades que anuncia al pueblo para promover sus intereses eternos, se deja arrebatar hasta los cielos por el impulso de su inspiración, dejando el cuidado de pequeños pormenores á los que no tengan una vista suficiente para abarcar el conjunto.

Después de habernos hecho pasar por todas las situaciones de la vida del pecador, y cuando en los recuerdos de lo pasado, en la consideración de lo presente y en el aspecto de lo futuro no halla sino torcedores crueles que despedazan sus entrañas, imágenes delincuentes que refrescan la memoria de su iniquidad, una nube espesa que hace desa-

parecer hasta la última vislumbre de la esperanza, el abismo abierto delante de sus ojos en vez del mundo que ha huido para siempre, y al Juez inmutable señalándole con el dedo este lugar de desesperación como su última morada; concluye su primera parte con este movimiento terrible, con este cuadro espantoso, el mas perfecto y admirable que ofrece la elocuencia. "Entonces el pecador moribundo, no encuentra ya en la memoria de lo pasado sino remordimientos que le consumen, en cuanto se presenta á sus ojos imágenes que le affigen, y en el pensamiento de lo futuro horrores que le espantan; no sabiendo ya á quien recurrir, ni á las criaturas que se le escapan, ni al mundo que se desvanece, ni á los hombres que no pueden librarle de la muerte, ni al Dios justo que mira como un enemigo declarado, de quien ya no debe esperar indulgencia; se revuelve en sus propios horrores, se atormenta y agita por huir de la muerte que ya casi le tiene en sus manos, ó siquiera para huir de sí mismo: sale de sus ojos moribundos un no sé qué de sombrío y de feroz, que expresa los furoros de su alma: desde el hondo seno de su tristeza arroja palabras que no se oyen sino á medias, interrumpidas por sus sollozos, y que no se sabe si las ha formado la desesperación ó el arrepentimiento: arroja sobre el Dios crucificado miradas terribles, y que dejan motivo para dudar si lo que ellas expresan es el temor ó la esperanza, el odio ó el amor: empieza á padecer violentas conmociones; pero se ignora si es el cuerpo que se disuelve ó el alma que siente ya la llegada de su Juez: suspira profundamente; pero no se sabe si le arranca estos suspiros la memoria de sus crímenes ó la desesperación de dejar la vida: en fin, en medio de estos tristes esfuerzos, sus ojos se fijan, sus facciones se alteran, su rostro se desfigura, su boca lívida se entreabre por sí misma: estremécese todo su cuerpo; y con este último conato, su alma infeliz se arranca, como á despecho, de este cuerpo de barro, cae entre las manos de Dios, y se encuentra sola á los pies del tribunal terrible." No puede encarecerse bastante la superioridad de esta pintura: al sentimiento corresponde mas bien que á la fría reflexión desempeñar aquí el oficio de la crítica. Para sentir toda su belleza, su energía y sublimidad, no basta leerle simplemente, no basta considerarle de una manera aislada; es necesario abarcar la totalidad del objeto, entrar en los designios del orador, participar de sus emociones; y sobre todo, no perder de vista los fuertes argumentos con que ántes ha convencido, las imágenes terribles con que nos ha

asaltado, los movimientos decisivos con que ha producido ya una mudanza en nuestro corazón. El hombre al llegar aquí, se siente abrumado con el peso de las graves memorias y de las reflexiones mas profundas.

¿Qué mas se necesita para disponer el espíritu á las impresiones suaves y deliciosas que debe producir la muerte del justo! Cuando el orador ha sabido identificarnos de tal modo con el réprobo infeliz, que sucumbe por último á sus crueles dolores en el lecho de la muerte, que sentimos sus mortales angustias, sus crueles remordimientos y la incertidumbre de su destino confirmada con la experiencia de nuestros extravíos, nos asemejamos al hombre que, luchando con las olas de un mar enfurecido, mira roto el navío, y el abismo abierto para sepultarle en sus senos. Si cuando este desgraciado acaba de decir el último adios á sus esperanzas, percibe entre la oscuridad que le circunda, y á la vislumbre del último rayo, una mano benéfica que le promete la vida, ¿no se siente repentinamente mudado y dispuesto á ver como la suprema dicha el simple término de aquellas inquietudes mortales, la mera negacion de sus padecimientos! Tan feliz y bella sin duda es la preparacion oratoria, que con el espectáculo del pecador moribundo hace, para ofrecer á nuestra vista la risueña y consoladora perspectiva de la muerte del justo. Para que esta segunda parte surtiera todos sus efectos, y nos hiciese amar la virtud, mas tal vez de lo que habíamos detestado los vicios, no necesitaba el orador de haber compuesto su cuadro de goces positivos, pues para sentirse en la plenitud de la dicha bastaba estar libre del terror, del espanto, la amargura y desesperacion en que nos creíamos ya irremediamente con la muerte del pecador. El que para apreciar las composiciones literarias no cuenta con otra luz que la de su razon y su crítica, encontraria por ventura esta segunda parte tan inferior á la primera, que á su juicio debia suprimirse del todo, ó á lo ménos invertirse el orden del discurso; pero quien dotado del inestimable privilegio de sentir, analiza los sentimientos y se pide cuenta de todas sus afecciones, encontrará este segundo cuadro, no solo como digna continuacion, sino como indispensable complemento del primero. Al pasar nuestra vista por las primeras líneas de la muerte del justo, ¿no sentimos poco á poco disiparse la espesa nube, disminuirse el peso que nos agobiaba, y difundirse por nuestro espíritu un bienestar mui agradable, hijo de la esperanza que se creia perdida, y que sin embargo empieza á renacer! Analicemos este sentimiento: ¿quién ha podido producirle! ¿por ventura la primera parte!

¡Ay! al tiempo de concluirla creíamos tambien terminada nuestra existencia y consumada nuestra reprobacion. ¿Acaso la segunda! Pero considérese sin relacion con la primera, y la ilusion desaparece, y el sentimiento no existe, y la pieza pareceria notablemente mediana. No sucede así mirándola en esta relacion maravillosa, como podrá experimentar lo cualquiera que se determine á hacer el ensayo. Estos sentimientos indefinidos, estas relaciones felices, este tino y discernimiento para aprovecharse hasta de las menores circunstancias, esta sábia distribucion de las impresiones, de los cuadros, de las pruebas y de los movimientos, este no sé qué, cuyo principio se busca en vano en alguna parte del discurso, y que sin embargo tiene una causa mui real y mui positiva; he aquí la mano invisible del genio, he aquí, para decirlo de una vez, los impenetrables y augustos arcanos de la verdadera elocuencia.

¿Quién no se siente inundado en las puras delicias que experimentan las almas fieles en la morada feliz, cuando mira en el justo que espira, aun en medio de sus dolores, el espectáculo mas bello que puede presentar la tierra; cuando borrando de su espíritu el cómputo limitado del tiempo, se fija para siempre en los años eternos; cuando persuadido ya de que es un extraño entre los suyos, de que no es ya hombre de su pais, nos descubre en sus movimientos y discursos al extranjero de partida, que vuelve por fin á los campos de la patria! ¿Quién no detesta los placeres delincentes, cuando mira sus funestas é inevitables resultas en la reprobacion consumada del infeliz pecador que no ha sabido reprimirlos! Pero ¿quién no ama las deliciosas penalidades y satisfactorias privaciones de la virtud, cuando en el mismo lecho del dolor mira al bienaventurado que espira, ceñido con el laurel del triunfo que supo adquirir sobre las pasiones y los vicios; cuando le mira ya cubierto con el resplandor purísimo de la gloria, hallando en cada paso de su vida, y hasta en sus mismas debilidades, un manantial perenne de consuelos, diciendo el último adios á las riberas del tiempo, y saludando con el cántico de Moises al padre de las misericordias!

Si los estrechos límites á que la necesidad nos reduce, permitieran dar mayor amplitud á estas reflexiones críticas, léjos de contentarnos con una ojeada general, descenderiamos á varios pormenores que inspiran el mas vivo y universal interes. Hariamos escuchar un solloquio puesto en la boca del pecador, en cuyo pasaje vemos levantarse la elocuencia hasta una altura incomparable; celebraríamos esta

imaginacion fidelísima que va ofreciendo á los ojos del moribundo, como en una triste galería, mil objetos que ántes le habian inundado de placer, y en el instante crítico le penetran de terror: esas *penas inútiles*, causa de tantas agitaciones y precursoras de goces tan momentáneos; los servicios á la república, las acciones guerreras, las nobles cicatrices, los aplausos contemporáneos, las brillantes recompensas, los orgullosos monumentos levantados en las plazas públicas; triste comitiva de fantasmas que llegan solo hasta el sepulcro. Veríamos pasar rápidamente por el último lecho la brillante pompa de la corte, la sociedad inmensa de los adaladores, el magnífico palacio, las producciones donde se admiraba el genio del artista, la mesa espléndida, el hijo tierno, la consorte querida, abandonándole para siempre. Después de esto se animaria á nuestra presencia un cuadro bien extraño, teatro súbito de trasformaciones increíbles: el crédito y la autoridad convertidos en indiferencia; la estimacion pública en un olvido profundo; el cuerpo con los atractivos de la naturaleza ó los atavíos de la moda en un cadáver inmundo que llenaria de temor á cuantos quisieran acercarse. En fin, una palabra mui sencilla con que la Iglesia anuncia la partida del alma; *proficiscere, anima cristiana*, vendria luego á suceder al pomposo nombre de *príncipe*, á las voces de la fama y al idioma redundante de la lisonja. Fatigados ya de un espectáculo tan horroroso, de unas ideas tan funestas, volveríamos, como para buscar alguna tregua, nuestros ojos al humilde pero delicioso lecho del moribundo virtuoso; y el *descanso de las penas*, y el *recreo de una dicha nueva*, y la *seguridad infalible que la eternidad ofrece* á la venturosa recompensa del justo; qué bálsamo tan á propósito para calmar los dolores del alma, arrebatarla con mil snaves trasportes y difundir por toda ella un arrobamiento feliz! ¡Con cuánta avidéz no apurariamos tantos placeres literarios, exaltando hasta los cielos la ardiente y fecunda imaginacion que tan bien ha sabido encantar el doloroso lecho de la muerte!

Cediendo pues una tarea tan dulce al buen gusto de nuestros lectores, dirémos, para concluir, que este sermón y el que precede son dos modelos en que resplandecen caracteres diversos á la verdad, pero igualmente perfectos. En el de la *impenitencia final*, admiramos principalmente el arte de propagar las ideas en el orden de la lógica; en el de la *muerte del pecador y la del justo*, no sabemos cómo alabar suficientemente el arte delicado de escoger, distribuir y graduar los colores para componer cuadros de un efecto tan pro-

digioso: en el uno celebramos el talento; en el otro aplaudimos al genio; el primero se distingue por la fina vulgaridad de su lenguaje; el segundo por la cultura de la expresion y la elegancia, digámoslo así, de los conceptos; la sublimidad del primero pertenece á la razon, al paso que á la imaginacion y al colorido ha de atribuirse la sublimidad del segundo; pero uno y otro deberán estar siempre á la vista de la juventud, para sostener sus virtudes, enriquecer y *dirigir* sus talentos, y proteger con absoluta seguridad los arrebatados y peligrosos impulsos de su naciente inspiracion.

